

Discurso del rector,
Giancarlo Ibárgüen S.,
durante su toma de posesión
Guatemala, 9 de julio del 2003

EL VALOR DE LAS HUMANIDADES EN LA UNIVERSIDAD¹

Tomar posesión del rectorado de la Universidad Francisco Marroquín implica asumir una responsabilidad muy grande. En primer lugar, quienes ejercemos gozosamente el papel de educadores nos constituimos en corresponsables del futuro de nuestros alumnos, jóvenes ansiosos de superarse individualmente. En segundo lugar, el trabajo de mis antecesores, a quienes admiro y respeto, está marcado, desde ambos puntos de vista, por una perseverante trayectoria de grandes acciones, reguladas por la justicia, la equidad, la prudencia y la fortaleza. Siempre los animó un ardiente amor por la libertad y una profunda pasión por la educación. En tercer lugar, la [Sociedad Mont Pélerin](#), una pequeña pero influyente sociedad de académicos e intelectuales liberales, tiene sus ojos puestos en nuestra universidad. Nuestros colegas en dicha sociedad consideran a la Universidad Francisco Marroquín un caso excepcional y único en el mundo, por su ineludible defensa de la filosofía de la libertad. Son muy grandes las expectativas. No podemos defraudar a nuestros estudiantes, a nuestros antecesores ni a nuestros colegas.

¹ El presente discurso no pretende ser una contribución original. Es, más bien, una interpretación de las intenciones de los fundadores de la Universidad Francisco Marroquín, así como de las ideas de grandes pensadores interesados por la educación. Entre estos últimos vale destacar a [Pierre Goodrich](#), [Robert M. Hutchins](#), [John Henry Newman](#), [Benjamín A. Rogge](#), Fernando Savater y [E.G. West](#).

En la Universidad Francisco Marroquín el cambio de rector no significa un cambio de rumbo. Mucho antes de que se pusiera de moda la práctica de definir la misión y visión de las empresas, los fundadores de nuestra institución plasmaron este rumbo, clara y certeramente, en un ideario admirado ahora en muchos países. El [ideario](#), aprobado por el Patronato pro formación de la Universidad el 27 de febrero de 1971, recoge las ideas fundacionales y en esencia responde a la pregunta sobre el rol de una institución de educación superior en un mundo en conflicto, en sus capítulos “Teoría y práctica”, “La crisis de la razón”, “La Universidad ante la crisis”, “Universidad y política”, “Universidad y servicio social”, y “La libertad académica”². La [lección inaugural](#) del doctor Manuel F. Ayau Cordón, el 15 de enero de 1972, cierra el círculo de las ideas y convicciones que guían a nuestra universidad, y que décadas más tarde las resumimos así (en nuestra misión): “la enseñanza y difusión de los principios éticos, jurídicos y económicos de una sociedad de personas libres y responsables “. Vemos, pues, que la idea originaria de los fundadores es, y seguirá siendo, la esencia de la universidad.

Es nuestro deber y responsabilidad, y también los de las generaciones venideras, evaluar el trabajo realizado en nuestra universidad a la luz de las intenciones de los fundadores. Una tarea importante es cuidar atentamente el currículo de sus diversos programas académicos. *Cada año se incorporan nuevas disciplinas a la oferta académica del mercado*³. Cada año crece y se diversifica el currículo universitario. *Cada año se acentúa esta peligrosa tendencia universal de la educación superior*. Nuestra propia universidad, aunque se mantiene al margen de dicha inercia institucional, no es ajena a estas influencias. Las presiones por aumentar el currículo vienen, como la presión atmosférica, de todos lados.

Desde el punto de vista administrativo, el aumento de la oferta educativa tropieza al menos con tres obstáculos importantes: 1) el costo de oportunidad de los estudiantes, quienes, al ocupar más tiempo en los estudios, limitan el que pueden dedicar a otras actividades; 2) los

² Este último capítulo sobre la libertad académica fue aprobado más tarde, el 5 de mayo de 1978, por el Comité de Fiduciarios.

³ Fernando Savater, *El valor de educar* (Barcelona: Editorial Ariel, 1997), 117.



límites de la capacidad de los estudiantes para asimilar conocimientos; 3) la disponibilidad de profesores calificados. Pero existe un problema todavía más grave que el administrativo. Si, como indica nuestro ideario, el objetivo al que debe contribuir la educación es que los estudiantes busquen su propio perfeccionamiento y desarrollen sus habilidades y su potencial intelectual, entonces el problema que se nos presenta para establecer un currículo adecuado, que cumpla con las necesidades de los estudiantes y la misión de la universidad, no es un problema simple.

Robert M. Hutchins (1899 - 1977), presidente de University of [Chicago](#) y autor de *The Higher Learning in America* (1936)⁴, decía que una universidad “debe plantearse firmemente la pregunta sobre qué es importante y qué no lo es. No puede enseñar todo lo que un estudiante piensa que le gustaría escuchar ni todo lo que un profesor piensa que le gustaría dictar o decir. No se puede apilar curso sobre curso... Debe articular y definir sus cursos; debe exprimir lo superfluo, lo duplicado y destilar el agua que sobra”⁵. Hutchins fue un severo crítico de la especialización excesiva en el currículo de la Universidad norteamericana y gran defensor de la tradición intelectual de Occidente. En un afán por especializarse *ad nauseam*, algunas universidades se han convertido en restaurantes de comida rápida. Ofrecen una gran variedad y cantidad de platos educativos en detrimento de la calidad de lo que sirven. En la Universidad Francisco Marroquín debemos librarnos de esa corriente gastronómica.

Recordemos que la educación es un proceso que dura toda la vida. No nos engañemos pensando que los programas de grado pueden dar lo que toda una vida de estudio y experiencia. A la luz de las prioridades académicas, los programas de grado pueden reducir substancialmente su carga sin sacrificar la calidad ni la excelencia. Los cursos de

⁴ Robert Maynard Hutchins, *The Higher Learning in America: Foundations of Higher Education* (Somerset, New Jersey: Transaction Publishers, 1999).

⁵ Citado en “Very Simple, but Thoroughgoing”, en *The Idea and Practice of General Education: An Account of the College of the University of Chicago* (Chicago, IL: University of Chicago Press, 1950), 39.



especialización, supernumerarios en un programa de grado, pueden formar parte de un nuevo programa de posgrado y ofrecerse en las distintas unidades académicas.

¿Cuál es entonces el plan de estudios que debemos seguir en la Universidad Francisco Marroquín? ¿Qué es importante y qué no lo es? ¿Qué materias nos permitirán cumplir de manera eficaz nuestro ideario y nuestra misión? ¿Cuál es el método didáctico apropiado para lograr nuestro cometido? No pretendo responder estas preguntas aquí, ni mucho menos que el enfoque o guía propuestos por mí sean infalibles. Deseo, eso sí, explorar algunas ideas sin pretender llegar a conclusiones definitivas. Deseo, por cierto, emular en la vida universitaria, con humildad y recato intelectual, el valioso esfuerzo que realizó Hayek en el mundo de los libros al escribir *Los fundamentos de la libertad*. En la introducción a dicho libro Hayek nos dice que “para que las viejas verdades mantengan su impronta en la mente humana deben reintroducirse en el lenguaje y en los conceptos de las nuevas generaciones”⁶. Deseo, por tanto, buscar una guía de lo que podría ser el currículo medular para las nuevas generaciones de estudiantes de la Universidad Francisco Marroquín. No haré esta exploración en menoscabo de los cursos básicos de Economía y Filosofía Social que, hoy y siempre, se imparten en todos nuestros programas académicos. Al contrario, veremos que el plan académico de estudios será un complemento justo (y necesario) de dichos cursos e incluso de toda la formación profesional de nuestros estudiantes.

En el ideario de la Universidad Francisco Marroquín se dice acertadamente que “la educación que pretenda contribuir al proceso de la búsqueda del perfeccionamiento humano tiene que ser una educación que garantice la libre discusión y análisis de diversas ideas y valores; tiene que ser una educación en la cual el aprendizaje sea, fundamentalmente, un proceso de descubrimiento y no de absorción mecánica de ideas o principios; tiene que ser, en suma, una educación que fortalezca y oriente las naturales inclinaciones del hombre en su intento de

⁶ Friedrich A. Hayek, *Los fundamentos de la libertad* (Madrid: Unión Editorial, 1998), 19.



comprender el mundo que le rodea". Esta es una manera de describir la educación humanista, ya que esta consiste, ante todo, en fomentar e ilustrar el uso de la razón, y en "aprender a discutir, a refutar y a justificar lo que se piensa"⁷. La verdadera educación humanista enseña a pensar y, sobre todo, a aprender a pensar por propia cuenta sobre *lo que se piensa*. Las humanidades contribuyen a cultivar el uso de la razón en el estudiante, como dice el filósofo Fernando Savater, al fomentarle su capacidad de observar, abstraer, deducir y argumentar lógicamente⁸.

Esto no quiere decir que todo lo que diga un estudiante sea razonable o verdadero; o, lo que es lo mismo, que cada quien tiene su verdad igualmente respetable. Los fundadores de la Universidad Francisco Marroquín comprendían esto muy bien al rechazar, por ejemplo, las acciones violentas motivadas por "verdades" particulares y antojadizas. La educación humanista es, en esencia, una búsqueda racional de la verdad. No hay educación humanista, dice Savater, si no hay verdad que transmitir o si todo es más o menos verdad, más o menos falso. La preparación humanista es el medio idóneo para el rescate, reflexivo y no coercitivo, de los valores de la civilización occidental defendidos por nuestros fundadores: valores y principios generales como la paz y la justicia, la dignidad y el valor de las personas, la libertad y el respeto a la propiedad⁹.

Ahora bien, esta "misión rescate" de la educación humanista en la Universidad —en el fondo, un "rescate del currículum"— fomenta y fortifica:

1.º La excelencia en las artes de la lectura y la escritura. Los estudiantes deben aprender a expresarse, oralmente y por escrito, con claridad y precisión.

⁷ Savater, op. cit., 137.

⁸ *Ibid.*, 134.

⁹ Sobre los valores y principios generales de una sociedad de personas libres y responsables ver: Rafael Termes, *Antropología del capitalismo* (Madrid: Ediciones Rialp, 2001); Harry Burrows Acton, *La moral del mercado* (Guatemala: Editorial Universidad Francisco Marroquín, 1978); Henry Hazlitt, *Los fundamentos de la moral* (Buenos Aires: Edición Fundación Bolsa de Comercio, 1979).

2.º Un espíritu crítico abierto al debate. Los estudiantes deben desarrollar la facultad de participar activamente en discusiones razonadas, y aprender a formular preguntas relevantes y a escuchar atentamente lo que se propone.

3.º Una visión histórica y científica del mundo. Los humanos somos historias, no ecuaciones, dice Savater. Pero no solo somos historias, sino también lo que nos permite ser nuestra naturaleza humana. Es poco probable que tengamos éxito en nuestro designio educativo, si los estudiantes no adquieren una comprensión de la historia de las ideas que han moldeado nuestra civilización¹⁰, ni de los límites que nos impone nuestra propia naturaleza, como nos lo advierte la ciencia de la psicología evolutiva¹¹.

Este no es el momento para analizar en detalle el currículo medular. Eso sí, hay que mencionar a una persona más (aparte de Hutchins, de Chicago) como guía intelectual en la reforma del currículo medular de la Universidad Francisco Marroquín. Se trata de John Henry Newman (1801-1890), un influyente religioso y hombre de letras de Gran Bretaña. A mediados del siglo XIX publicó un trascendental libro sobre el significado de la educación humanista, titulado *The Idea of a University* (1852)¹². Para Newman el fin de la educación humanista es el caballero, que, traducido en lenguaje actual, podríamos decir el hombre civilizado¹³. El caballero —el hombre civilizado— es la persona que forja su carácter, asume el protagonismo de su vida, elige a conciencia sus valores, es honesta consigo misma y con los demás, honra sus compromisos,

¹⁰ Ver John Emerich Edward Dalberg-Acton, *Essays in the History of Liberty* (Indianapolis, IN: Liberty Press, 1985); Paul Johnson, *Modern Times: The World from the Twenties to the Eighties* (New York: Harper and Row, 1983); Ludwig von Mises, *Teoría e historia* (Guatemala: Editorial Universidad Francisco Marroquín, 1975); Carroll Quigley, *The Evolution of Civilizations* (Indianapolis, IN: Liberty Press, 1979); Nathan Rosenberg y L. E. Birdzell, *How the West Grew Rich* (New York: Basic Books, 1986); Louis Rougier, *El genio de Occidente* (Madrid: Unión Editorial, 2001).

¹¹ Ver Matt Ridley, *Nature via Nurture: Genes, Experience and What Makes Us Human* (New York: HarperCollins, 2003) y *The Origins of Virtue: Human Instincts and the Evolution of Cooperation* (New York: Penguin USA, 1998); Steven Pinker, *The Blank Slate: The Modern Denial of Human Nature* (New York: Viking Press, 2002).

¹² Johan Henry Newman, *The Idea of a University* (Indianapolis, IN: University of Notre Dame Press, 1982).



expresa su juicio moral con firmeza y valentía, respeta a los demás, no justifica los medios por el fin.

Es precisamente “la civilización” lo que la educación humanista aspira a traspasar de una generación a otra. La educación humanista es un proceso civilizador que salvaguarda los valores inmutables. De alguna manera, lo que se transmite de una generación a otra es lo que permanece en el hombre durante su andadura por la tierra. No son conceptos etéreos para nadie ni *mucho menos* para el profesional moderno que en poco tiempo pierde su actualización. Los conocimientos técnicos o vocacionales, propios de la educación profesional, están en flujo constante. Nada permanece, salvo los principios generales, que son invariables¹⁴. Las técnicas que los profesionales aprenden hoy serán obsoletas mañana. El progreso de la tecnología destruye irremediabilmente las viejas técnicas y crea otras nuevas. La tendencia del progreso tecnológico es hacia la simplificación y la autosuficiencia¹⁵. Así las cosas, en la Universidad Francisco Marroquín, donde nos proponemos estar a la vanguardia de la tecnología, “escuchamos” lo que su avance nos dice a *voz en grito*. Es así como las humanidades cobran hoy *más valor que nunca* en la universidad. La universidad que reconozca esta realidad y actúe consecuentemente logrará un importante elemento diferenciador en el mercado de la educación superior regional.

Pero no solo debemos revisar nuestro currículo (el qué de la educación) sino también el método didáctico que usamos (el cómo). Según la experiencia de la mejor educación humanista superior, e incluso de una fundación “civilizadora” por excelencia como la [Liberty Fund](#) (Indianapolis, Indiana, EE. UU.), el método didáctico más efectivo es una lectura detenida de textos cuidadosamente elegidos, seguida por una discusión bien estructurada sobre

¹³ Sobre el carácter del hombre civilizado, o “caballero”, ver Samuel Smiles, *Self-Help: With Illustrations of Character, Conduct and Perseverance* (Oxford: Oxford University Press, 2002); James Q. Wilson, *On Character* (Washington: The AEI Press, 1995); Digby Anderson, ed., *The Loss of Virtue* (New York: The Social Affairs Unit, 1992).

¹⁴ Ver Robert Nozick, *Invariances: The Structure of the Objective World* (Cambridge, MA: Belknap Press, 2001).

¹⁵ Ver Clayton Christensen, *The Innovator's Dilemma* (Boston, MA: Harvard Business School Press, 1997).



argumentos entre el profesor y los alumnos. Estos coloquios, razonables, participativos y animados despertarán la curiosidad intelectual de los estudiantes. Ciertamente, no sustituirán a la cátedra magistral, pero constituirán un valioso y *casi imprescindible* complemento.

A menudo los cursos lectivos se dictan de una manera ineficaz, pues terminan agobiando al estudiante. Esto ocurre con frecuencia cuando el profesor “exalta el conocimiento propio por encima de la necesidad docente de comunicarlo, prefiere los ademanes intimidatorios de la sabiduría a la humildad paciente y gradual que la transmite”¹⁶. Debemos evitar en nuestra universidad la vanidad y el engreimiento en la conducción de las relaciones profesor-estudiante. La humildad que atrae es mejor que la vanidad que aleja¹⁷. El menosprecio del material lectivo también puede surgir de otra circunstancia muy diferente. Lo mismo puede ocurrir si nuestros profesores recurren al uso de los medios audiovisuales —el famoso PowerPoint— de manera tediosa y mecánica (¡aunque sea con toda humildad!).

El profesor de la Universidad Francisco Marroquín debe despertar en los estudiantes el deseo y la curiosidad por aprender la materia del curso. La institucionalización de los coloquios —no solo entre estudiantes, sino también de grupos interdisciplinarios de profesores— será una valiosa herramienta para mejorar la docencia y el aprendizaje. De esta manera la Universidad Francisco Marroquín se convertirá, como me dijo un buen amigo, en el *refugio del estudiante inquieto y riguroso*.

Así como los profesores tienen la responsabilidad de transmitir su entusiasmo por las materias que imparten, todos los que viajamos a bordo de tan hermosa nave tenemos la responsabilidad de preparar a los jóvenes no solo para el futuro ejercicio de su profesión, sino también para que

¹⁶ Savater, op. cit. 122.

¹⁷ Asimismo, el espíritu de la relación administración-estudiante debe ser tal que en ella se amplíe lo favorable y se restrinja lo odioso, según el adagio *favorabilia sunt amplianda, odiosa restringenda*. Esto es, las normas que limitan los derechos de los estudiantes deben interpretarse restrictivamente, mientras las favorables a su estatus de estudiante deben interpretarse extensivamente.

crezcan como hombres civilizados y para que no eludan su responsabilidad como ciudadanos¹⁸. Los estudiantes decidirán si quieren hacer uso adecuado del inapreciable tesoro de conocimientos que hayan recibido en esta universidad¹⁹.

Soy optimista. Creo profundamente en la labor educativa de la Universidad Francisco Marroquín [*p*]orque educar es creer en la perfectibilidad del hombre, en que los hombres podemos mejorarnos unos a otros por medio del conocimiento²⁰. Confío, respeto y admiro ampliamente a las personas que forman el equipo de trabajo —operativo, administrativo, docente y directivo— y que me acompañan en esta refrescante y rejuvenecedora tarea. Confieso que *no he visto* en ningún otro lado el espíritu de fraternidad y cooperación que reina en este amado ámbito.

Inmerso en este optimismo y rebosante de entusiasmo, advierto que hemos de estar siempre vigilantes. La rebelión contra los principios generales que defendemos sigue en pie. El discurso ha cambiado, pero, lo mismo que ocurre con el camaleón, se disfraza y mimetiza con otros colores. Súmase a esta rebelión la ignorancia que aun prevalece respecto a los principios éticos, jurídicos y económicos de una sociedad de personas libres y responsables.

“Sin libertad, ningún hombre puede escoger, y menos entre el bien y el mal”²¹, dice Francisco Pérez de Antón; y podemos agregar: menos una educación o una ocupación dignas. Solo en libertad se distingue entre el bien y el mal. Solo conociendo la verdad nos ganaremos la libertad que tanto anhelamos y que debemos guardar como un tesoro divino. Como le decía don Quijote a Sancho:

¹⁸ Ver Ludwig von Mises, “La economía en el campo del saber”, cap. 38 en *La acción humana*, 6.ª ed. (Madrid: Unión Editorial 2001).

¹⁹ Mises, op. cit., cap. 39.3.

²⁰ Savater, op. cit., 18.

²¹ Francisco Pérez de Antón, *Ética de la libertad* (Guatemala: CEES, 1991), 29.

“La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida...”²².

Muchas gracias a todos ustedes por acompañarme en esta aventura.

²² Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha II*, cap. 58 (Madrid: Ediciones Cátedra, 2001), 456.

